

Reseñas Bibliográficas

JEREZ, Marcelo. *El problema de la vivienda en Jujuy durante los gobiernos populares (1946-1962)*, Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy, 2013.

El libro de Marcelo Jerez se inscribe en, al menos, dos campos de la producción historiográfica que han atravesado una profunda renovación en las últimas décadas. Por un lado, el de la Historia Política que ha incorporado a sus objetos de análisis, entre otros, los complejos procesos de construcción de las políticas públicas, que incluyen su formulación y su puesta en práctica; la configuración de las burocracias estatales y la tensión entre demandas sociales e intervenciones estatales. Por otro lado y más recientes aún, el de los estudios de las historias provinciales que, lejos de traducir lo que ocurre en el ámbito nacional al espacio local o de construir relatos excepcionales acerca de su pasado, intentan articular las singularidades de los procesos que se dieron en los espacios extracéntricos con otros más generales a fin de armar un rompecabezas más complejo de la historia argentina en el que las provincias y los municipios tuvieron un lugar relevante y cargado de tensiones.

El problema de la vivienda en Jujuy tiene por objeto analizar la situación habitacional en dicha provincia, en especial de sus ciudades más pobladas (La Quiaca, San Pedro y San Salvador), durante la primera mitad del siglo XX y las políticas que desplegaron los gobiernos populares (peronistas y desarrollistas) para darle una respuesta a tan acuciante demanda. Para acometer dicho desafío lejos de sumergirse inmediatamente en las huellas del pasado, su autor afirma fuertemente sus pies en el presente y nos recuerda que se trata de un problema vigente en la actualidad de la provincia norteña.

Es probablemente esta posición acerca de la vinculación entre presente y pasado la que lleva a Marcelo Jerez a moverse en la temporalidad del siglo XX con cómoda fluidez. En efecto, uno de los aciertos del trabajo es que marca no sólo la continuidad de las políticas de vivienda del primer peronismo con las décadas precedentes, aspecto subrayado por la mayor parte de los estudios que abordan el período, sino que propone buscar sus continuidades durante los gobiernos desarrollistas. De este modo el gobierno peronista parece recoger, en materia de vivienda, demandas sociales y una agenda maceradas desde la década de 1930 pero, a su vez, abre una nueva agenda, legitimada por la intensificación de las

Reseñas Bibliográficas

demandas sociales inaugurada en la década peronista, que es más tarde apropiada por el desarrollismo.

El libro se divide en dos partes. En la primera se analiza el contexto demográfico, urbano y habitacional de la primera mitad del siglo XX, concluyendo que el crecimiento poblacional de las principales ciudades de la provincia dio lugar a un acuciante déficit de techos y a pésimas condiciones de habitar de gran parte de la población. En consecuencia, el problema de la vivienda es abordado desde distintos aspectos tales como el tipo de construcciones, las condiciones de vida, el hacinamiento y la relación entre propietarios-inquilinos. Más allá de las fuentes estadísticas, el autor utiliza los medios de comunicación, principalmente la prensa escrita, para presentarnos a los actores de este problema. Demandas, prejuicios, denuncias y reclamos se entrelazan para construir el panorama desde sus aspectos cualitativos y para dejar ver las relaciones sociales que lo configuran.

En la segunda parte, el autor examina las políticas habitacionales de los gobiernos peronistas y desarrollistas. Para ello pone el foco en sus principales actores políticos, en sus discursos, debates y proyectos y en las estrategias de intervención pública utilizadas. En este último aspecto Marcelo Jerez concluye que las políticas directas (construcción de viviendas) fueron combinadas con políticas indirectas (fomento a la construcción particular a través de créditos hipotecarios, loteos y expropiación de terrenos). De todos modos, el primer tipo de políticas fue más débil durante los gobiernos peronistas, debido a que privilegiaron la provisión de servicios públicos, educativos y sanitarios, y cobró más importancia durante el período desarrollista. Por otro lado, el autor prueba que quienes accedieron a la vivienda en Jujuy durante los gobiernos populares, a través de políticas directas o indirectas, fueron mayoritariamente empleados de la administración pública. En ese sentido coincide con interpretaciones que han llegado a la misma conclusión para el ámbito nacional. No obstante ello, Jerez marca una especificidad de la política provincial que fue la construcción de unidades de emergencia levantadas en la zona periférica de las principales ciudades y destinada a familias humildes.

Uno de los aciertos del libro es su intento por inscribir la política de vivienda en el marco más general de la política provincial. Los dos gobernadores de la década peronista, Alberto Iturbe (1946-1952) y Jorge Villafañe (1952-1955), provenían del radicalismo yrigoyenista liderado por Miguel Tanco que había sido hostigado y excluido del acceso al gobierno por el conservadurismo local y que terminó alineándose con la fuerza política que apoyó a Perón en Jujuy. Por su parte Horacio Guzmán, cabeza de la Unión Cívica Radical Intransigente en la provincia, fue votado con el apoyo del electorado peronista para ocupar el cargo de gobernador en 1958, como consecuencia del pacto Perón-Frondizi. Por otro lado, figuras políticas importantes como la de Iturbe y Guzmán tuvieron una destacada labor en la función pública en los años previos a constituirse en gobernadores. El primero de ellos se hallaba al frente de la Dirección Provincial de Obras Públicas

desde 1944, mientras que el segundo presidió el Instituto Provincial de Previsión Social entre 1956-1957. En ambos casos, fue durante un período de Intervención Federal donde pudieron formar parte del gobierno local y poner en práctica una amplia actividad constructiva. Justamente, sería durante aquellas funciones cuando comenzaron a levantarse los primeros conjuntos habitacionales que luego serían inaugurados en sus respectivos gobiernos. El análisis que Marcelo Jerez realiza de las trayectorias de estos funcionarios devenidos en gobernadores, le permite indagar sobre el proceso de construcción de las así llamadas “segundas líneas”, sobre la temporalidad propia de las burocracias estatales y sobre la continuidad de una política, en este caso la habitacional, más allá de los cortes institucionales.

Por último, al abordar el proceso de construcción de la política de vivienda en un contexto provincial durante dos gobiernos populares, Jerez inscribe su trabajo en la línea de aquellos que intentan profundizar el estudio de la política social argentina. Su mirada no apunta a armar un rompecabezas en donde las partes encajen en un todo armonioso, por el contrario pone de relieve los matices locales que brindan un escenario cargado de tensiones y complejidades. Así por ejemplo, el autor analiza la política habitacional en Jujuy durante el peronismo demostrando que si bien en la retórica el problema de la vivienda fue considerado como una gran deuda pendiente, el terreno de la práctica política no estuvo a la altura de lo planificado. Aún así, frente a tantas postergaciones, las insuficientes respuestas del período fueron vivenciadas como importantes logros sociales que coadyuvaron a la construcción del apoyo político.

En suma, el libro de Marcelo Jerez constituye un valioso aporte, desde un contexto provincial, a los estudios sobre la construcción de la política social, y en particular la política de vivienda, durante los gobiernos populares. Es de esperar que futuras investigaciones logren articular esta mirada puesta, principalmente, en el Estado provincial, con otra que recoja las demandas, aspiraciones y reacción ante la recepción de los destinatarios de estas políticas.

Carolina Biernat
(CEHCMe, UNQ-CONICET)

Reseñas Bibliográficas

GONZÁLEZ DE OLEAGA, Marisa (ed.). *En primera persona. Testimonios desde la Utopía*, Barcelona, NED Ediciones, 2013.

Me acerqué a la presentación del libro y allí su autora nos puso frente a una oportuna advertencia, “solemos confundir discontinuidad con fracaso”. Hablamos de utopías, claro, y son pocas las veces que al hacerlo nos movemos por fuera de un supuesto casi inalterable, que no se toca. Desplazadas de nuestro tiempo y denostadas hasta el límite, las utopías son esas experiencias del pasado que no sólo han desaparecido, sino a las que también debemos sumarle una inapelable carga de decepción individual y colectiva. Sin importar qué escenas o ejemplos paseen por nuestras mentes en estos momentos, lo cierto es que hay algo tan naturalizado en esta improvisada definición que aparece tanto en discusiones a las puertas del bar como en esas inusuales clases en la universidad donde a alguien se le ocurre sacar el tema, casi de la nada, como quien tira una piedra al aire.

No parecen faltarnos razones ni lugares desde donde empezar a buscar los porqués de tal desprestigio y de tantas otras omisiones. Para las grandes ontologías del siglo XIX, y principalmente para el llamado socialismo científico, los proyectos utópicos siempre han sido una forma cobarde de evasión, de escaparse del futuro. Desde el este francés y sus minas de carbón a las revoltosa ciudad de Dresde y la Manchester obrera, toda utopía no era sino la consecuencia directa de una falta de conocimiento y de un derrotismo por poco despreciable. Pero la cosa no iba a ser muy distinta en otras latitudes ni bajo otras banderas. El insistente avance del estado supo apoyarse no sólo en las recicladas élites liberales y urbanas, sino también en el fascinante mundo de la técnica, en la voraz inercia con que poblaciones, territorios e imaginarios fueron haciéndose cada vez más planos y predecibles...como esos pequeños arbustos que cubren los desiertos, incansables y aburridos, nunca a más de unos pocos centímetros del ras del suelo.

Pero esto no es todo, como bien nos dice González de Oleaga al dar comienzo a su libro, las narraciones que han reconocido en las utopías algo que vale la pena ser contado, se han acomodado detrás de cualidades y circunstancias fuera de serie, casi heroicas y por lo tanto difícilmente repetibles. Los relatos históricos nos daban el tiempo y el lugar, mientras que los protagonistas no eran muy distintos a esos seres *verdes y húmedos* que Cortázar llamó *cronopios*, a esas criaturas grandiosas y sensibles que aparecen en algunos de sus cuentos. El resultado no iba a ser muy diferente al de la despectiva visión anterior, con la particularidad de que en este caso las experiencias utópicas quedaron encerradas sobre sí mismas, como si fueran fábulas infantiles recreables sólo en una

superproducción cinematográfica o por alguno de estos nuevos genios de la animación digital.

Sin necesidad de llevar a cabo un análisis al detalle del concepto y su historia, de sus enemigos y novias anarquistas o comunitaristas, *En primera Persona* es un claro desafío a esta buena mezcla de boicot y ostracismo al que fue relegado el pensamiento utópico. Es justamente en la introducción donde estas cuestiones toman un perfil teórico en el que la utopía se pone en común con el problema de la identidad y la necesidad de relatos, con el lugar de la historia, su nerviosa oposición a la memoria y el valor de la oralidad. Pasamos sólo algunas páginas y ya contamos con unas buenas nociones de qué entra en juego con esto de las utopías, de cómo alcanzamos a contarlas y a quiénes esperamos que lleguen. Pero las cuestiones vinculadas a la teoría no quedan para nada abandonadas en el resto del libro. Lejos de mostrarse como un bicho raro que se distingue fácilmente de aquellos textos centrados en el pasado y la vida de otros, la teoría no empalaga ni deja de lado esa insistencia por la forma. De esta manera, Fernando Aínsa nos lleva por un trenzado personal de coloquios internacionales y literaturas, de utopías latinoamericanas y de utopistas repartidos por el mundo. Mientras que Claudio Martyniuk nos mete en un relato filosófico poco habitual, Gisela Heffes nos presenta una entrevista entre imaginarios y lo posible, entre el color de la utopía y su deseo. Cada uno de estos autores nos ofrece un itinerario distinto desde donde subirnos al carro, sin dejar de lado que la marca teórica también se muestra en otros textos, como por ejemplo al hablar de museos de historia, de cómo trabajar con testimonios escritos o poner en marcha un ciclo de televisión que comparta proyectos alternativos.

El libro se abre y se cierra, se cierra y se vuelve a abrir. A lo largo de quince capítulos entramos en contacto con comunidades anarquistas y con las notas personales de un metódico poblador blanco. Del Río de La Plata a Israel y Estocolmo, recorreremos historias alejadas en el tiempo y otras más recientes y urbanas. Leemos sobre cooperativas y casas de adobe, conocemos imprentas y viajes al campo, clubes de verano y alguna que otra escuela en la ciudad. Avanzamos un poco y nos llegan noticias de bibliotecas e inmigrantes comunistas, del trabajo de la tierra y de nuevas antenas de radio, de comedores en la periferia y de parques donde todo cambia, de parques del que la gente no vuelve.

Sea como investigadores, militantes o partícipes de algún proyecto colectivo, todos los autores ocupan un lugar en cada historia, asumen un legado y se involucran personalmente en las tensiones propias de cada experiencia. Esto se deja ver claramente en la forma en que cada capítulo está escrito, donde cada texto viene con su correspondiente punto final, con ese espacio en blanco que al terminar la última página nos dice que no hay más, que el capítulo se queda ahí. Pero ¿cómo?... ¿qué pasó?, ¿dónde fueron a parar todos?, ¿qué se dijeron unos a otros?, ¿cómo habrán retomado cada uno de ellos sus vidas? Ya un poco menos impaciente,

Reseñas Bibliográficas

descubrí que mi ataque repentino de empirismo glotón se había desenvuelto como parte de la propuesta del libro y de su forma de entender las utopías. Y es aquí donde el título del libro, *En primera persona*, se encadena casi naturalmente con su acompañante, *Testimonios desde la Utopía*. Si, por decirlo de alguna manera, muchos de los capítulos terminan porque siguen, es justamente debido a que opera en toda la publicación una carga de transmisión, de circulación de pasados y experiencias que definen una vuelta de tuerca entre relato y utopía.

Dentro de este ejercicio de transmisión, no podemos olvidarnos que los recientes (y no tan nuevos) estudios sobre la memoria han hecho del testimonio una fuente historiográfica significativa que continua generando muchas preguntas tanto a nivel político como, si me permiten el término, epistemológico. Sin embargo, no está demás dejar lugar a cuestiones algo más sutiles y difíciles de descifrar, a algunas breves marcas que no buscan remplazar la palabra de nadie, pero que muchas veces son menospreciadas por esa necesidad de tener que leer o escucharlo todo. Como suele pasar con tantas otras cosas, las utopías también están en los detalles, en una sorpresa llamada por teléfono, en una piscina vacía o en una maleta que espera y espera. Podemos incluso empezar a deshilar experiencias utópicas a partir del ruido de una fábrica textil, del poema a una madre y su hijo o de la promesa de una próxima visita...de una especie de despedida. Como el abecedario bailarín y femenino que Barthes supo enseñarnos, no debería sorprendernos que las utopías se dejan descubrir en algunas letras que se amontonan, en letras que dan lugar a nuevas formas y puntos de encuentro entre el pasado indígena, las colonias galesas y una infancia entre ciudades del sur. Este tejido de palabras refleja una duda permanente que acompaña a quienes se han ido o emigrado, pero no incumbe sólo a ellos. Tiene mucho que ver también con la trasmisión y con la posibilidad de recuperar relatos plurales, historias que sirvan de algo para quienes estén lo suficientemente interesados y atentos. Es aquí donde *En primera persona* tiene bastante que decir desde la forma en que cada colaborador entendió que debía escribir su capítulo y por qué cuentan lo que cuentan. A falta de esa perdida "voz media" que González de Oleaga retoma en su introducción, le corresponde al lector no sólo descubrir cómo se acomoda este narrador narrado dentro de los vaivenes de aquello que cuenta, sino también de poder ser críticos, de preguntarse por los límites de toda trasmisión y de la importancia de no confundir el pasado con sus protagonistas. Lo bueno es que el lector cuenta con algo de ayuda en este tema. A pedido de la editora, cada capítulo asume un formato tripartito que si bien no siempre es tan claro, si forma parte de una práctica donde los relatos se vuelven experiencia y se entrecruzan con el acto de escribir. Lo que entra en juego aquí es el lugar de la diferencia en lo que uno cuenta y de cómo podemos recuperar las vivencias del ayer. Como bien dice la compiladora a dar inicio al libro, es en la posibilidad de garantizar una dosis mínima de polifonía y de ruido entre pasados y presentes donde la identificación

se convierte en un ejercicio de ida y vuelta, en una forma de traducción e incorporación de otras realidades a historias colectivas que están siempre en movimiento.

Teniendo esto en mente, *En primera persona* nos presenta una escena donde los distintos proyectos del pasado no se han descolgado del paso del tiempo, donde éstos todavía tienen mucho que decir y que por lo tanto vale la pena ponerlos en común con el importante número de luchas políticas por la identidad y por una cierta idea de justicia e igualdad. De una u otra forma, aquellos médicos, pobladores y literatos del pasado conjuraron en sus prácticas y textos este tipo de imaginarios, poniendo en entre dicho cualquier distinción convencional entre el futuro, nuestros presentes y un pasado desconocido. De aquí que los capítulos de este libro no terminen y que los autores actúen como pasadores, como quienes abandona cualquier intento de saberlo todo o de estar en condiciones de dividir el pasado entre aciertos y decisiones equivocadas, entre malas lecturas del contexto o un exceso de ilusión y optimismo.

El libro se abre y se cierra y los recuerdos también “funcionan como los fragmentos coloridos de un caleidoscopio...” (Oleaga, 2013: 22). Mi hermano regresó de quién sabe dónde un poco más tarde que de costumbre, cerró la puerta y me entregó una caja con lo que parecía ser un obsequio. Dos días antes, un domingo en aquel entonces, había sido mi cumpleaños número 23, así que debajo del papel y de la tramposa entrega tardía del paquete había un regalo, más precisamente un libro, *El Seminario 3: La psicosis*, de Jacques Lacan. Vamos, antes y ahora, un verdadero dolor de cabeza.

El psicoanálisis es una práctica y al igual que su lectura requiere de un cierto entrenamiento. No son pocas las ocasiones en que a muchos de nosotros sus textos nos agarran en baja forma y nos complican bastante las cosas, y el caso de Lacan lejos está de ser la excepción, más bien todo lo contrario. Como no podía ser de otro modo, el nuevo libro nunca pudo escaparse de este cajón de confusiones, pero si alcanzó a darme una buena señal de todo lo que él y yo habíamos empezado a hacer algunas tardes atrás. Unas pocas líneas antes de apagar la luz junto a mi cama hicieron el truco:

Si por una suerte extraña atravesamos la vida encontrándonos solamente con gente desdichada, no es accidental, no es porque pudiese ser de otro modo. Uno piensa que la gente feliz debe estar en algún lado. Pues bien, si no se quitan eso de la cabeza, es que no han entendido nada del psicoanálisis. Esto es lo que yo llamo tomarse las cosas en serio¹.

Con el paso de los días, el Lacan erudito, la autoridad del saber de la que él tanto quiso escaparse se había quedado muda. Para mí, desde entonces, Lacan pasó a ser

¹ Jacques Lacan, *El Seminario 3: La psicosis*. Barcelona, Paidós, 1984, p. 121.

Reseñas Bibliográficas

sencillamente un tipo esperanzador. Había descubierto en sus líneas mi verdad, una verdad que también jugaba su suerte como fórmula, como un lugar desde donde no sólo releer mis aventuras por los textos de Freud o Lacan, sino desde donde poder sacudirme a mí mismo, como si fuera un perro. De esta manera, a medio camino entre lo infantil y el alivio, encontré allí mi 2x4, mi paso de baile: Sólo se puede ser feliz sabiendo que la felicidad no existe, que no nos espera en ningún sitio ni en ningún momento del mañana; que no nos exige condiciones que tengamos que cumplir o futuros a los que debemos aspirar.....que, a fin de cuentas, “felicidad” es simplemente una palabra que no sabe (a) nada.

En aquellos días, todo esto se había convertido en un secreto necesario, casi subversivo. Como ese caleidoscopio que la editora de *En primera persona* nos invita mirar y descubrir, lo realmente subversivo (y no revolucionario) de la utopía quizá se esconda en el significado común que asociamos a su nombre. Si ya nos hemos cansado de escuchar que lo utópico es aquello que no existe, que no está en ningún sitio, puede que el golpe justo esté en algo mucho más simple y cercano, en algo como cambiarle el gusto a las palabras. En este sentido, a pesar de las dispares estrategias que cada autor sigue al momento de pensar las utopías, hay algo verdaderamente íntimo en cada ejercicio de transmisión que va más allá de esa conducta responsable y reflexiva con la que González de Oleaga nos recibe en su introducción y retoma en sus capítulos. Aquí es donde su texto nos muestra su reverso y se vuelve contra nosotros. Cuando uno tiene entre manos un conjunto de relatos *en primera persona*, uno no sólo cuenta con una mirada privilegiada sobre el autor y su biografía, sobre aquello que éste cree mostrar o busca guardarse, sino que muchas veces olvidamos que del otro lado ocurre algo similar, que si bien no nos exhibe públicamente, sí nos interpela como lectores y nos deja bastante expuestos.

A fin de cuentas, a lo largo de los textos uno recrea momentos y se identifica con algunas imágenes, pero en ese cruce entre lugares imposibles, *diosas y villanas*, uno también toma una pausa y se queda a la espera. Uno deja por última vez el libro sabiendo que muchas historias y experiencias todavía siguen estando allí, convencido de que unos pocos comensales sentados en la cocina pueden salir al encuentro de esa línea minúscula que alguna utopía supo arrastrar desde el pasado. Una inflexión en la voz, un olor repentino o un viaje a un lugar cualquiera....en definitiva, si hay algo que este libro no deja de decirnos es que hasta unas pocas páginas junto a la cama pueden hacer de una palabra tan simple y repetida algo nuevo y esperanzador.

Emiliano Abad García
(Universidad Autónoma de Madrid)

HAGEMEYER, Rafael Rosa. *História & Audiovisual*, Belo Horizonte, Autêntica Editora, 2012.

Sin dudas, el oficio del historiador ha venido atravesando cambios importantes en las últimas décadas, no sólo desde el punto de vista teórico sino también metodológico. En este último aspecto, resalta la inclusión de nuevo tipo de fuentes relacionadas con el rescate de elementos provenientes de la cultura popular. Desde el estudio del folklore hasta la historia oral, estas novedades han llevado a los historiadores a enfrentarse con nuevos desafíos.

El libro del investigador brasileño Rafael Rosa Hagemeyer es justamente una reflexión sobre uno de esos nuevos desafíos: el de la utilización de los medios audiovisuales. Una cuestión que no sólo se reduce a su uso como fuente u objeto de investigación histórica, sino que incluye planteos con respecto a los fundamentos de la profesión y la forma de comunicación del conocimiento histórico.

Hagemeyer es Doctor en Historia por la Universidad Federal de Rio Grande do Sul. Desde hace varios años es profesor responsable del espacio curricular de Imagen y Sonido en la carrera de historia de la Universidad del Estado de Santa Catarina, una novedosa experiencia en el contexto académico regional. Allí se encarga de desarrollar tareas relacionadas con el uso de fuentes audiovisuales y la proporción de herramientas teórico-metodológicas a los estudiantes sobre la materia. Al mismo tiempo, desarrolla su propia investigación sobre las relaciones entre el cine e ideología en films que representan a la clase obrera en la década de 1970. Apoyándose en este recorrido profesional, el autor plantea una reflexión sobre las diversas problemáticas que surgen a partir del uso de lo audiovisual en la práctica historiográfica, ya sea como fuente, objeto de estudio o forma de representación histórica. Esta multiplicidad de cuestiones a partir de las cuales analizar la utilización de estos medios es lo que estructura el libro.

La relación entre lo audiovisual y el conocimiento histórico será el tema principal desarrollado por el autor, a partir del cual expondrá los principales debates y desafíos en los cuales la historiografía se ha visto zambullida a partir de la creciente hegemonía que estos medios ganaron a lo largo del siglo pasado. La capacidad que tienen de representar la historia y la influencia que generan en la imaginación histórica de la sociedad son los hechos que justifican el interés que debe prestarse a estas industrias de masas por parte de los historiadores.

Para ello, el autor plantea tres ejes a partir de los cuales abordar este conjunto de cuestiones: la constitución de lo audiovisual como conocimiento en ciencias humanas, el desenvolvimiento técnico audiovisual y las formas de narrativa histórica presente en lo audiovisual. A cada uno de estos puntos le dedicará un capítulo.

Reseñas Bibliográficas

En lo referido al primer punto, Hagemeyer expone como la construcción de conocimiento a partir de las representaciones audiovisuales ha sido tomada con desconfianza, desde la Antigua Grecia por Platón y Aristóteles, pasando por la Edad Media hasta llegar a las teorías críticas de la Escuela de Frankfurt. Por ese trayecto, indica las diferentes formas de expresión a través de las cuales la humanidad intentó representar la realidad, desde las pinturas rupestres y el arte renacentista, pasando por la invención de la fotografía hasta llegar al cine y la televisión. Luego hace mención de las distintas alternativas metodológicas para analizar ese tipo de productos culturales, como la semiótica, la iconografía, los métodos contextual y formalista, en una especie de enumeración de las principales herramientas necesarias para el abordaje del lenguaje de este tipo de medios.

En el segundo capítulo el autor hace un desarrollo de los progresos técnicos que influenciaron el desenvolvimiento del lenguaje audiovisual. Esta reseña de la historia de los medios audiovisuales nos pasea por la tragedia griega, los avances mecánicos utilizados en el teatro renacentista y barroco, llegando hasta los métodos de proyección que permitieron tanto la creación de la fotografía y el cine. Además observa como a lo largo de estos diferentes periodos se fueron configurando diversos patrones culturales de percepción visual y sonora, los cuales se relacionan con las diferentes formas de registro, difusión y recepción en cada época. Esto puede notarse por ejemplo en las formas públicas o privadas de recepción, así como el paso de representar la realidad por medio de la pintura a la capacidad de capturarla objetivamente a través de la cámara fotográfica. El autor remarca a partir de esto que son las necesidades de la sociedad las que influyen en el desarrollo de las técnicas de emisión y captación de las imágenes y no estas últimas las que cambian a la sociedad.

En el último capítulo, el autor se mete más de lleno sobre los aspectos relacionados con la práctica historiográfica. En primer lugar, el debate con respecto a la vuelta a la narratividad y las implicancias que ello tiene sobre los fundamentos de la profesión, cuestión muy vinculada al choque entre el lenguaje escrito defendido por los académicos y el audiovisual. A continuación, se encarga de analizar la narratividad de géneros como el documental y los films de reconstitución histórica. En este pasaje expone las tensiones que se generan entre la representación veraz de los hechos y los condicionamientos del propio lenguaje y narratividad de esos géneros.

Finalmente, Hagemeyer plantea lo más osado en relación a la práctica historiográfica tal como la conocemos. ¿Cabe la posibilidad de una expresión audiovisual del conocimiento histórico? ¿Es posible incursionar en otros lenguajes que no sean sólo el escrito? Ya no se trata de un uso como fuente o como objeto de estudio, sino de tomar el lenguaje audiovisual como un nuevo modo de expresar el conocimiento histórico. Aquí el autor se sirve de su experiencia con sus alumnos, quienes realizan producciones audiovisuales, para plantear los desafíos de

explorar una nueva forma de comunicar la historia a la sociedad. Advierte que no hay que esquivarle a otros lenguajes y que se deben afrontar las cuestiones metodológicas que ello implica. Sin embargo, deja para las nuevas generaciones la tarea de profundizar en torno a estas nuevas formas de hacer historia.

Podemos ver como la relación de lo audiovisual con la historia es algo que ha excedido su uso como fuente o como objeto de estudio, sino que ha replanteado la forma en que el conocimiento histórico ha venido expresándose. La existencia de una alternativa al modelo escrito es generador de controversia dentro del ambiente historiográfico. Hacia allí apunta Hagemeyer con respecto a los futuros debates dentro de la profesión.

En suma, el libro plantea un abordaje de la amplia gama de cuestiones a partir de las cuales se involucran la historia y lo audiovisual. En cada uno de los capítulos, el autor expone las diferentes problemáticas, desde la propia legitimidad de lo audiovisual como fuente de conocimiento hasta los debates actuales en cuanto a su uso como fuente u objeto de estudio y como nuevo medio para que los historiadores den cuenta del pasado.

El autor ofrece una obra sintética pero detallada sobre estas diferentes cuestiones, que resulta de interés para aquellos que deseen una aproximación a estos debates que seguramente serán claves para el porvenir de la historiografía.

Gonzalo Carrillo
(Universidad Nacional de Rosario)